

# **MANIFIESTO POSPOLÍTICO**

**RUTAS IDEOLÓGICAS PARA LA IZQUIERDA**

**DEL SIGLO XXI**

**JORGE FERNÁNDEZ GONZALO**



**disonancias nº 4**

ISBN: 978-84-948922-0-2  
Depósito Legal: M-31021-2018

© 2018 Dado Ediciones

Título: *Manifiesto pospolítico. Rutas ideológicas para la izquierda del siglo XXI*  
Autor: Jorge Fernández Gonzalo

Colección: Disonancias nº 4  
Primera edición: Octubre 2018  
Maquetación: Dado Ediciones y Pablo Garayzar  
Corrección: Dado Ediciones  
Diseño de cubierta: Vanessa Bejarano  
Tipografía: Linux <sup>liber</sup><sub>time</sub>, Linus Biolinum y Lovelo de Hans Rezler

Ediciones DADO  
C/ Suecia, 100, 2  
28022 Madrid  
dadoediciones@gmail.com  
Producción gráfica: Gráficas de Diego

# ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN – Las lágrimas del hombre blanco.....	9
CAPÍTULO 1 – La ideología aún estaba allí .....	27
Políticas económicas .....	37
Políticas identitarias.....	43
Políticas del riesgo.....	55
CAPÍTULO 2 – Contra el heteropatriarcado.....	67
Del heteropatriarcado al heterocuñarcado.....	69
Ni machismo ni feminismo: fotos de Spiderman.....	81
Deconstruir la masculinidad.....	93
CAPÍTULO 3 – Ecologismo e ideología .....	103
Luchas ecológicas .....	104
Luchas ideológicas.....	110
Ecología, globalización y lucha de clases .....	126
CAPÍTULO 4 – Colonialismo y poscolonialismo.....	139
Multiculturalismo occidental.....	140
Colonialismo, poscolonialismo y decolonialismo.....	151
Contra la humanidad.....	161
ADENDA – Hegemonía y deconstrucción.....	175
BIBLIOGRAFÍA.....	185

# INTRODUCCIÓN

## LAS LÁGRIMAS DEL HOMBRE BLANCO

Este libro comienza su andadura con dos anécdotas aparentemente desligadas entre sí, pero que nos permiten retratar a la perfección el *impasse* político de nuestros días: uno de estos ejemplos está tomado de una serie de ficción, y el otro directamente de unas páginas de periódico.

Comencemos con el primero de ellos. Muchos lectores conocerán la serie televisiva *Modern Family*, una hilarante revisión de los conflictos interculturales de nuestro tiempo a través de las vivencias de una pintoresca familia estadounidense. Durante la emisión de cada capítulo, sus protagonistas pasan por todo tipo de vicisitudes, que se resuelven siempre felizmente según los códigos amables de la gramática teleserial. Hay un detalle, no obstante, que marca el tono general de la producción, y es que los personajes que aparecen en pantalla recorren gran parte del espectro de la diversidad: junto al núcleo familiar protagonista, los Dunphy, formado por un hombre y una mujer caucásicos, de clase media y con tres hijos (la chica guapa y superficial, la pequeña empolloña y el chico travieso y despistado), encontramos, además, al abuelo cascarrabias casado con una joven y enérgica mujer colombiana, y a los tíos, una pareja de gays que han adoptado recientemente a una niña vietnamita. La reivindicación

de la diversidad no es sólo un maquillaje superficial, a modo de documento objetivo de las nuevas realidades de la sociedad estadounidense, sino que forma también parte sutil de los conflictos que ponen en marcha la trama. Sin embargo, a veces se producen ciertos «cortocircuitos» que dejan entrever un viraje inesperado en la ideología multiculturalista que sostiene la producción televisiva.

En concreto, hay un par de episodios de la segunda temporada que nos ponen sobre aviso. En uno de ellos, la pareja de homosexuales decide inscribir en un centro de preescolar a Lily, su adorable hija vietnamita. Cuando acuden al centro, se jactan de lo fácil que va a ser conseguir una plaza: una pareja de hombres homosexuales, de clase media y con una nena oriental adoptada... ¿Qué colegio progresista no querría lucir a una familia así? Sin embargo, las cosas no saldrán como habían pensado: mientras esperan ser atendidos, ven desfilar ante ellos a una madre aparentemente soltera y con un niño mulato. «A pesar de todo –cuchichean entre sí–, nosotros tenemos más puntos». Hasta que, instantes después, aparece una pareja interracial de mujeres lesbianas, una de ellas en silla de ruedas, lo que hace que nuestros protagonistas pierdan la esperanza de obtener una plaza para su pequeña. «No lo vi venir», confiesa uno de ellos ante la cámara. La diversidad se permite dejar de lado su dimensión cooperativa, transversal, para mostrarnos que también puede establecer relaciones de competitividad (Cfr. Bernabé, 2018: 114).

En el siguiente capítulo, toda la familia celebra Halloween en la casa de los Dunphy. Claire Dunphy ha or-

ganizado la noche al detalle: el jardín está decorado con calaveras y calabazas, los niños que vengan por caramelos trazarán un pequeño recorrido por la casa, y cada miembro de la familia estará disfrazado y tendrá encomendada una tarea para hacer que los incautos visitantes vivan una experiencia terroríficamente divertida. El problema es que todo acaba saliendo mal: las disputas internas salen a relucir, los protagonistas se olvidan de sus frases y apenas muestran el menor interés por lo que están haciendo. Claire, entonces, estalla de rabia: «ahora tenemos fuegos artificiales en Navidad, porque eso es lo que se hace en Colombia; también he dejado de hacer pavo en Acción de Gracias, porque los gays pusieron de moda cocinarlo de una manera que vieron en *Food Network*. Todo lo que pido es que me dejéis hacer Halloween». Bajo la capa de amable diversidad cultural, también hay un pequeño hueco para defender las propias tradiciones estandarizadas.

Una vez que reparamos en la condición artificial de este filtro multicolor, ¿nadie echa nada en falta en el intento de *Modern family* por representar el mapa de identidades contemporáneas? Aunque la respuesta pueda parecer obvia, vamos a dejar colgada esta pregunta para avanzar hacia la segunda de las anécdotas que nos sirven de apoyo a la hora de adentrarnos en las páginas de nuestro ensayo. Se trata de un caso real y reciente: una huelga de obreros de la compañía Fiat, en Italia, ha sido noticia en la prensa española durante los meses de verano de 2018. ¿La razón? No es ni la magnitud, ni la importancia de la huelga en sí misma, sino un hecho relativamente anecdótico: esta ha

sido convocada a partir de la concurrencia «casual» de dos hechos aislados, el anuncio de un nuevo plan de ajuste de plantilla y una importante inversión del emporio Fiat. ¿Ha comprado la empresa una nueva fábrica, ha lanzado un nuevo producto al mercado? Nada de eso: la Fiat acaba de comprar a Cristiano Ronaldo.

Obviamente, esto es sólo un titular capcioso, pero la realidad no deja mucho lugar a dudas: el conocido jugador de fútbol había sido fichado por la Juventus, equipo de fútbol patrocinado por la compañía automovilística italiana. En concreto, esta destina la nada desdeñable cifra de 26,5 millones de euros anuales para que los jugadores luzcan el nombre de la compañía en la camiseta. La *Juve*, por su parte, acababa de comprar los servicios de Cristiano Ronaldo por el módico precio de 112 millones de euros, con la familia Agnelli (dueños de la Fiat) como uno de los principales mediadores en la negociación. La operación de compra del jugador coincidió con el anuncio de la compañía italiana de que 1640 empleados estaban en condición de «trabajadores en exceso», por lo que pronto verían reducidas sus nóminas, y quizás, en un futuro no muy lejano, serían también despedidos. Algunos ataron cabos y llegaron a la conclusión siguiente: *nos están tomando por idiotas*. Así lo resumía uno de los sindicalistas italianos: «No sé si nos damos cuenta de lo que sucede. Él [Cristiano Ronaldo] ni en 50 vidas podrá gastar todo lo que tiene. Y aquí hay familias que la tercera semana del mes *no saben cómo pagar las cuentas*, obreros extenuados por turnos de trabajo agotadores, gente que se enferma por la enorme presión». La clase



trabajadora puede ser la primera interesada en disfrutar al ver a sus ídolos futbolísticos jugando en su ciudad, pero no si para ello la maquinaria neoliberal tiene que echar por tierra sus derechos laborales.

¿Qué faltaba en la multicultural casa de *Modern Family*, pero sin embargo está presente en la noticia que comentábamos? Aquello que brilla por su ausencia en la telecomedia estadounidense es *la clase trabajadora*, mientras que en el caso de las huelgas de la Fiat sobra todo el individualismo neoliberal que quiere vendernos a Cristiano Ronaldo como un emprendedor, un hombre «hecho a sí mismo», a costa de empobrecer aún más a los trabajadores. Encontramos aquí, por tanto, una de las principales problemáticas de las políticas izquierdistas contemporáneas, la querrela entre la vieja lucha de clases y sus reivindicaciones económicas y materiales, a un lado, y las consignas multiculturales e identitarias, por otro. ¿Hemos de privilegiar una de ellas, o es posible encontrar un terreno de compatibilidades y consignas comunes, una estrategia global que unifique, en una suerte de «teoría del todo» sociopolítica, las reivindicaciones de clase y las demandas de los diferentes colectivos oprimidos?

Este es el punto de origen que da pie a nuestras reflexiones. Por delante, tenemos una serie de retos absolutamente necesarios, pero no por ello exentos de complejidades, a la hora de pensar las opciones de la izquierda para avanzar en el tablero político y resolver sus crisis internas. Por una parte, las clásicas reivindicaciones de clase, ligadas a cuestiones materiales y económicas; por otra, colec-

tivos feministas, ecologistas, inmigrantes y otros pugnan por hacer valer sus demandas en el marco de poder establecido, socavando la posición hegemónica de los grupos dominantes y reescribiendo las fronteras ideológicas en un nuevo reparto de poderes. Sin embargo, son varias las voces que señalan hasta qué punto las políticas identitarias se muestran cada vez más contaminadas por los códigos neoliberales que estimulan la competencia entre colectivos y dificultan la colaboración transversal, como ocurría en nuestro ejemplo de *Modern Family*. Nuestro libro tratará de poner algunos límites a esta tendencia con el fin de reclamar mecanismos de cooperación y afinidad que permitan reconfigurar el mapa ideológico presente. En este escenario, surge además un nuevo agente que rompe con la ecuación: varones caucásicos, occidentales, de clase media y condición heterosexual claman al cielo por no poseer el suficiente reconocimiento mediático a la hora de expresar sus opiniones y controversias, ya sea por el temor que les procura una creciente pérdida de privilegios o por una exasperante *sensación de culpabilidad* ante los mismos. El ámbito de la vida pública, históricamente controlado por el colectivo de siglas bancarias «BBVA» (Blanco, Burgués, Varón, Adulto), se ha vuelto repentinamente inhóspito y lleno de turbulencias ideológicas: es prácticamente imposible en nuestros días navegar por las procelosas aguas de la exposición mediática y salir indemne en el intento.

Como consecuencia de ello, numerosas voces se alzan para defender los valores del hombre blanco occidental. Desde la victoria de Trump en Estados Unidos o los alardes

de Le Pen en Francia, hasta el ascenso de grupos fascistas por toda Europa o la aparición de minorías que arremeten contra sus propios intereses, el *White Pride*, el «orgullo blanco» (que alcanza a veces a sujetos no tan blancos, pero con ínfulas de occidentalidad prostética), parece imbuir el sustrato ideológico de Occidente de un aura nefasta de prejuicios raciales, homófobos, transfóbicos y de clase ocultos subrepticamente en sus demandas de atención. No hay nada malo en que Claire Dunphy quiera reivindicar sus tradiciones y festejos; el problema es cuando la izquierda no tiene respuesta para estas demandas, y sólo la derecha es capaz de asumir la responsabilidad de escucharlas. «Nosotros –exclaman con cierto orgullo los “BBVA”–, estamos discriminados, somos una minoría étnica en nuestros propios trabajos o cuando usamos el transporte público. Entonces, ¿acaso no tenemos el mismo derecho que los demás a quejarnos?». Para ellos también está dirigido este libro, aunque sea para ofrecerles soluciones distintas a las que esperaban.

En este punto, es preciso encarar uno de los principales problemas de la izquierda: en lugar de transformar a los rivales en futuros aliados, ciertos posicionamientos izquierdistas han promovido y potenciado esta acumulación de «goce obscuro». La autora Gayatri Ch. Spivak (2003) proponía hace algunos años una interesante pregunta: ¿puede hablar el subalterno? Es decir: ¿pueden los otros, los oprimidos, las minorías étnicas, las víctimas del capitalismo global tomar la palabra y plantear un debate en igualdad de condiciones con Occidente? ¿O simplemente el escenario

político está prefijado de antemano y son realmente los códigos ya dados los que *hacen hablar* al subalterno, le dotan de un marco reducido de interacción, marcan las pautas sobre lo que tiene que decir, obrar y sentir? El exacto opuesto de esta línea de trabajo es claro: del mismo modo que el subalterno no puede plantear sus demandas en un campo político previamente fijado, ¿puede hoy el hombre blanco hablar de colonialismo, de feminismo o de luchas sociales *a pesar de no identificarse como víctima*? ¿Acaso se transforma automáticamente en verdugo por el solo hecho de tener a su disposición toda una batería de privilegios que le eximen de caer en una victimización autocomplaciente? Por otra parte, si el hombre «BBVA» pudiera hablar, ¿qué tendría que decir? ¿Y si su discurso le permitiera escenificar performativamente la renuncia a tales privilegios? ¿O simplemente se trata de otra pataleta más para acaparar la atención en un universo político cada vez más plural y diluido?

En resumen: ¿puede el subalterno hablar? ¿Puede el hombre blanco reclamar que lo escuchen?

Junto al *White Pride*, hemos de situar su consecuencia directa, las *White Tears*, las lágrimas y lloriqueos de los grupos sociales favorecidos al ver cómo determinados discursos apelan por la integración y el respeto a costa de socavar su inmunidad ancestral. Corremos el riesgo de toparnos aquí con una mentira que, tras repetirse muchas veces, se torna verdad incluso para aquellos mismos que la pergeñaron: las condiciones que permitieron medrar a estos grupos sociales han logrado camuflarse, imbuidas de un aura de normalidad, para acabar convirtiéndose en el suelo

neutro de las relaciones sociales. Las tecnologías de dominación y los mecanismos de exclusión se han naturalizado hasta tal punto que no sólo las víctimas ven en ellas un fenómeno neutro y estandarizado del orden de cosas, sino que son los propios verdugos, los beneficiarios que han tratado por todos los medios de imponer tales medidas, los que ahora parecen comportarse como si fueran totalmente ajenos a las mismas.

En eso consiste la ideología: no en proponer certezas, tampoco en suministrar mentiras plausibles, sino en *delimitar las cegueras*. Toda ideología es una *escotomología*: siempre hay un punto ciego, un escotoma dentro del horizonte conceptual que debe ser velado para mantener un equilibrio práctico. En nuestra época de constantes maremagnum informativos, con inalterables flujos de datos a través de las redes, la ideología sólo puede limitarse a marcar una hoja de ruta dentro del confuso y enrevesado panorama existente. Pensemos en la oscilación clásica entre la izquierda y la derecha, la cual no deja de ser el producto de determinadas elecciones dentro de un conglomerado de ideas, cartografías y posicionamientos prediseñados. En las últimas décadas, los conflictos entre izquierda y derecha ya no se ciñen a las cuestiones centrales de la política, sino a sus aledaños, a imperceptibles márgenes de actuación que permitan a los partidos salvaguardar mínimamente su signo político mientras las luchas se concentran en parcelas de poder relativamente irrisorias. A esto llamamos *pospolítica*: al intento por gobernar sobre los discursos, las luchas simbólicas y los marcos ideológicos, mientras las cuestiones materiales

quedan fuera de escena. El problema, por tanto, no es que haya dejado de existir la dicotomía entre izquierda y derecha, sino cómo hacerla lo suficientemente visible para no caer en la trampa de su ocultación acomodaticia.

Junto a estas problemáticas (cómo asumir la diversidad, cómo gestionarla desde determinados espacios de poder, cómo armonizar las luchas identitarias con el sesgo de clase y las reivindicaciones materiales), aparecen otras cuestiones ligadas a las estrategias necesarias para alterar el escenario de opresión. ¿Es necesario dar con un cambio abrupto que desbarate las relaciones de poder establecidas o, por el contrario, debemos conformarnos con objetivos más modestos que afiancen cada decisión y que permitan reconstruir concienzudamente el tejido social a nuestro paso? ¿Construir *transiciones*, como sugiere en un excelente trabajo Emilio Santiago Muiño (2016), o *tentar el apocalipsis*, como entona carismáticamente el filósofo esloveno Slavoj Žižek? ¿Avances a través de virajes inerciales o rupturas súbitas que transformen completamente el panorama político y social? Los acontecimientos revolucionarios no dejan huellas reflexivas, por lo que es relativamente difícil socavar los pilares del orden establecido y generar a partir de ahí un nuevo estado de cosas más armónico que el anterior, máxime si no existe un trabajo previo de reflexión crítica; de igual modo, parece que cada pequeña conquista fuera rápidamente arrojada por el sistema y asimilada en sus redes de poder.

Santiago Alba Rico (2016: 152) señalaba las contradicciones ligadas a las luchas contra el sistema capitalista: «el

capitalismo ha hecho realidad todas las utopías de la izquierda, pero volteándolas en pesadillas: el dominio de la naturaleza en cambio climático, la versatilidad de los talentos en flexibilidad laboral y movilidad forzosa, el ocio en paro, el voluntariado guevarista en esclavitud complacida. El desempleo y la crisis, en el contexto de una economía de rehenes consumidores, ha generado, en efecto, un ejército de voluntarios al servicio de las empresas: miles, millones de jóvenes dispuestos a trabajar gratis a mayor gloria del capitalismo». Difícil elección, pues, entre la depuración sistémica y el corte total, el evento fatal y transgresor o avances graduales y meditados. De cualquier manera, la indecisión no debe bloquear nuestra actividad (probablemente, una solución no es *a priori* mejor que otra; sólo hay elecciones estratégicas, decisiones al hilo de los acontecimientos), de ahí que en este libro nos decantemos por inspeccionar un punto previo a cualquier cambio social, la huella que precede a las decisiones y actuaciones, esto es: la articulación crítica de determinados patrones ideológicos que confeccionan el tejido del ideario de izquierdas. Contra la pospolítica de la inactividad y su exacto opuesto, las encarnizadas luchas culturales por la hegemonización de significantes, nuestra ofensiva consiste en *más pospolítica*, es decir, en *una revisión crítica del aparato conceptual puesto en juego*.

Bebemos, para ello, de cierta tradición filosófica que decidió desbancarse de las propuestas marxistas y del socialismo imperante para trazar una nueva hoja de ruta que no sólo tome elementos prestados de la tradición marxista

y de las reivindicaciones de clase, sino que permita revisar y reelaborar algunos puntos conflictivos de las propias luchas identitarias. Es un lugar común cuestionar la filosofía posmoderna y catalogar de vacua, complaciente y reduccionista sus implicaciones políticas. Autores de primer orden como Michel Foucault, Jacques Derrida o Gilles Deleuze reflexionaron en numerosas ocasiones sobre la naturaleza del poder, sus implicaciones en el marco social presente y en épocas pasadas, las lógicas y fuerzas que actúan en la gubernamentalidad, los mecanismos de resistencia y las luchas y maniobras estratégicas con las que plantar cara a las tácticas opresivas del poder. Sin embargo, el paradigma revolucionario marxista parece haberse convertido en la vara de medir las soluciones políticas de la izquierda. Con Marx como referente, era preciso cambiar el sistema, imponerse a sus restricciones y normativas, derrocar el poder y tomar los medios de producción, a menudo con la narración mítica de los alzamientos populares como principal punto de apoyo. Tras las manifestaciones de mayo del 68, sin embargo, todo cambia: la posibilidad de derrocar el modelo de dominación establecido se disipa, las luchas populares pierden fuelle y la noción gramsciana de hegemonía desplaza a otros imperativos revolucionarios. Ya no se trata de tomar el poder, sino de articular una red de significación, de valores y prácticas que permitan imponer en el campo político unos determinados principios frente a otros. El éxito de la democracia acaba con todo intento de revolución; la democracia estandariza el consenso, lo que implica adaptarse a los códigos de diálogo o quedarse



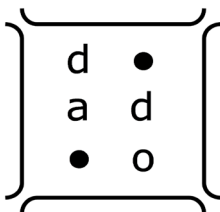
al margen, frente al viejo paradigma que obligaba a elegir entre revolución o servidumbre. Por ello mismo, los principales actores políticos ya no serán los revolucionarios, sino los intelectuales. De las fábricas se pasa a las universidades, de los sindicatos a los debates en los medios, de la calle a la televisión, del predominio de las luchas materiales a las luchas simbólicas. En este nuevo orden de cosas, los filósofos de la posmodernidad (aunque muchos no quisieran denominarse posmodernos, ni tan siquiera filósofos) se vieron obligados a barajar nuevas consignas, métodos diversos de réplica contra el poder institucionalizado y nuevas metas y objetivos adaptados a las circunstancias. Derrida propuso revisar las lógicas que operaban en la tradición occidental e ideó una serie de prácticas y dinámicas de lectura de textos (la deconstrucción) que permitiera refutar y subvertir los convencionalismos de la tradición metafísica. Foucault realizó una compleja genealogía de diferentes conceptos y prácticas institucionales occidentales y analizó al detalle las fuerzas que actúan en las relaciones de poder, para proponer a continuación estrategias de resistencia que permitieran encararlo. Deleuze, por su parte, configuró un potente marco de análisis micropolítico en el que quedaba patente cómo el poder interfiere con la corporalidad y con el deseo.

Frente al cambio social que promulgó el marxismo, la posmodernidad nos ofreció herramientas específicas para empresas concretas basadas no tanto en la conquista del poder como en la búsqueda de autonomía e individualidad, la lucha contra la segregación o la liberación sexual. En

Occidente, tras las grandes guerras de la primera mitad de siglo, el fuerte tejido institucional impidió que se llevara a cabo una revolución que lograra cambiar las reglas del juego de forma drástica; ante la imposibilidad de subvertir el sistema, los frentes de lucha se multiplicaron en diferentes bloques: junto a los conflictos de clase y las medidas contra las desigualdades económicas, los nuevos campos de batalla han de situarse en las reivindicaciones feministas y LGTBI, las luchas ecologistas y la teoría decolonial, entre otras.

En estas páginas se plantea trazar una serie de rutas, de pautas de análisis y de actuación, dentro de estos cuatro frentes y a través de sendos capítulos. Por último, incluimos una sección final que, lejos de concluir el debate, lo abre hacia nuevas perspectivas y propuestas a partir de algunas de las tesis de Ernesto Laclau sobre el concepto de hegemonía. El punto de partida ya ha quedado dibujado: las luchas contra los valores de la masculinidad heteropatriarcal, occidental y de clase media/alta (en lugar de contra el sistema capitalista o el modelo neoliberal) han generado un nuevo escenario en donde son estos mismos agentes los que ahora se sienten victimizados y silenciados, incluso aquellos que declaran su interés por participar en las mismas luchas que les acusan. Por ello mismo, no sólo se trata de detectar qué soluciones planteará la izquierda en el siglo XXI, sino también ante qué problemas tendrá que lidiar, cómo serán las luchas del feminismo, el ecologismo, el colonialismo y los conflictos de clase junto con este particular aliado, y cómo afectará este nuevo escenario a las estrategias hege-

monizantes y las maniobras de disidencia. El reto de nuestra época pasará, por tanto, por conjugar dos cuestiones hasta ahora radicalmente independientes: las luchas materiales y económicas, junto con las luchas simbólico-identitarias, con el fin de entender que el enemigo no es el hombre «BBVA», sino un sistema que le confiere autoridad y privilegios. Desde estas páginas proponemos algunas vías de acción para que, a partir de tales espacios favorecidos (la masculinidad, la heterosexualidad, la occidentalidad, etc.), las luchas simbólicas puedan ser encauzadas y validadas en un horizonte de reivindicaciones comunitario y auténticamente transversal. Se trata de entender la *pospolítica* como una reconfiguración del marco ideológico existente con el fin de preparar el terreno para que tengan lugar, de manera conjunta y coordinada, futuras conquistas materiales.



La presente edición de *Manifiesto pospolítico*,  
a cargo de JORGE FERNÁNDEZ GONZALO se terminó  
de imprimir en Gráficas de Diego,  
Madrid, en octubre de 2018

**DADO Ediciones** es una microeditorial interesada en publicar libros inéditos de carácter científico-social con una clara vocación política, aunque no sea de intervención directa ni de demostración militante. No pretende aprehender la totalidad de los fenómenos sociales, ni se declara apta para organizar la sociedad en sus aspectos teóricos o pragmáticos. Tampoco se erige en portavoz del antagonismo, de la rebeldía, de la oposición, del contrapoder o de la docencia progresista. Más bien evita todos esos lugares comunes de la divagación actual que parecen haber convertido un humilde oficio, como la edición de libros, en un dogma de consolación. Tan sólo se apasiona por la ambición de la crítica y por su difusión a través de un medio tan convencional como poderoso, el libro.

### **Colección DISONANCIAS**

1. ALAIN BROSSAT

*El gran hartazgo cultural*

2. ROBERTO RODRÍGUEZ (ed.)

*Contrapsicología*

3. ARNAULT SKORNICKI

*La gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales*

4. JORGE FERNÁNDEZ GONZALO

*Manifiesto pospolítico*

### **Colección ENTELEQUIA**

1. ANDRÉS LOMEÑA

*Ficciónología*

### **Colección INÉDITA**

1. MAURICE HALBWACHS

*Los orígenes del sentimiento religioso según Durkheim*

2. ALFRED SOHN-RETHEL

*Trabajo manual y trabajo intelectual*

3. DAVID J. DOMÍNGUEZ (ed.)

*Clío en disputa. El debate epistemológico entre sociólogos e historiadores (1903-1908)*

**Colección FILOSOFÍA Y SOCIEDAD**

1. JOSÉ LUIS VILLACAÑAS y RODRIGO CASTRO (eds.)

*Foucault y la historia de la filosofía*

**Colección VARIACIONES**

1. DOMINIQUE CARDON

*Con qué sueñan los algoritmos*



**DISONANCIAS** se inscribe en un mapa de las incertidumbres prácticas. Indaga en la falta de correspondencia, conformidad o igualdad entre dos o más cosas, por ejemplo entre la disposición crítica y su desgaste. Los desacuerdos también pueden resultar de la repetición exagerada de los tópicos o de la falta de proporción entre los proyectos renovadores y su realización. Crítica de la crítica.